

Abdón Ubidia

LA ENMIENDA



ESKELETRA
editorial

La enmienda

© Abdón Ubidia , 2018

Primera edición:

Círculo de Lectores

Segunda edición:

Eskeletra editorial

Tiraje: 1000

Mayo 2018

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-9978-16-291-0

Eskeletra Editorial

© Eskeletra Editorial

Dirección Editorial: Ramiro Arias

Diagramación: Doris Lovato

Diseño portada: Alfredo Ruales

Corrección: César Montalvo

Quito: 12 de Octubre y Roca (esq.) 1 piso, oficina 102

Telefax: 2556691 / Casilla postal 164-B Quito

E-mail: eskeletra@hotmail.com

Web: www.eskeletra.com

Imagenpress. S.A.

Impreso en Ecuador

Quito: Reina Victoria N21141 y Ramón Roca 6 piso, oficina 6A

Teléfono: 529145

E-mail: directoreskeletra@gmail.com

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por ningún medio electrónico, mecánico, foto-óptico, o cualquier otro sin la autorización escrita de la editorial.

LA ENMIENDA

*... una cuerda sobre un
abismo, peligrosa travesía,
peligroso caminar, peligroso
mirar atrás, peligroso
temblar y pararse.*

ZARATUSTRA, 1, IV.

*Mandar y obedecer es lo mismo.
El más autoritario manda en nombre de otro.
De un parásito sagrado, su padre.
SARTRE –LAS PALABRAS*

*... “Si dices la verdad
respondió el volatinero
luego de caer de la cuerda,
no pierdo nada con perder
la vida. YO no soy mucho
más que una bestia, a quien
se me ha enseñado a bailar
a fuerza de golpes y de
hambre”.*
*“No dijo Zaratustra; has
hecho del peligro tu oficio,
cosa que no es de desdeñar. A
hora por tu oficio sucumbes,
y en atención a eso voy a
enterrarte con mis manos”.*

ZARATUSTRA, 1, VI.

Estimado Abdón:

Su novela corta *La enmienda* es estremecedora. Me tocó una veta íntima de mi ser. El lector sabe que leer es pasar un buen rato. Pero que también es grato encontrarse con un libro que le remueve el piso, que le cambie o le cuestione. Su texto con su peculiar atmósfera configura un mundo que finalmente es un espejo de la realidad. Los personajes van a su manera, se ajustan al esquema argumental. Existen muchos Félix Paz. Uno puede encontrarlos fácilmente por la calle, a la vuelta de la esquina, en el bus; todos luchando por su existencia, como si vivir fuera un desafío. Están los que usan siempre la misma ropa, los que llevan amuletos, los que hacen promesas mirando al cielo, los que creen en supersticiones, los que les tiemblan las piernas, los que siguen jugando cuando se les acaba el aire, los que siguen luchando cuando todo parece perdido, o como usted mismo asevera en una parte de su texto: “son de esos seres que viven de ambiciones inmediatas, de progresos medidos... O esos que piensan que es preferible intentar asaltos, buscar tesoros, esperando un

vuelco de la suerte, ¿para qué gastarse la vida detrás de un mostrador o de un escritorio?” Félix Paz, se rebela frente a esos seres que se resignan a todo. Pero en su condición marginal no podía escapar a su destino : la sentencia del Edipo que todos llevamos dentro. Según Freud, la pérdida del padre es el evento más importante en la vida del ser humano; por eso inconscientemente buscamos matar al padre para mudar de piel, para madurar y conseguir nuestro propio camino y Pablo Paz, su hijo, después de muchos incidentes y emocionantes aventuras en ese recomenzar siempre de la vida, reflexiona casi al final de la novela “...Pero, ¿y Felix Paz? No, no me he olvidado de él. Pero debo aclarar algo. Un día me di cuenta de que el nombre de Pablo Paz, olía mucho a sometimiento y dependencia. Así que resolví intercambiarlo con el de mi padre. Ahora él se llama Pablo Paz y yo, Felix Paz...” la sentencia inexorable se cumplía: “El parricidio”. Uno puede sentir desde el comienzo hasta el final de la novela que en el odio del hijo también hay afecto. Pero, ¿de qué se le puede culpar a Félix Paz?, ¿de vivir una vida inventándose siempre de acuerdo al vaivén de sus oportunidades?, ¿de hacer cualquier cosa para sobrevivir porque lo milagroso existe?.

Me gusta su historia. Se ve que usted es un maestro de la técnica narrativa. Finalmente, usted concordará conmigo eso de que un escritor no elige sus temas, los temas lo eligen a él. Su pluma

describe un mundo mágico que a su vez trasluce sus preocupaciones socio-políticas que como intelectual lo asume en su escritura; finalmente, la literatura es una experiencia de vida de la cual se alimenta todo escritor. De ahí nacen las ficciones que a veces superan la realidad o viceversa.

Por ello, no se equivocaba el escritor Alfredo Pareja Diezcanseco cuando afirmaba, en el prólogo de esa hermosa edición donde aparece este relato, hecha por el Círculo de Lectores, *Bajo el mismo extraño cielo*, bajo la supervisión editorial de Antonio Correa (también se publicó *Ana la pelota humana*, de Raúl Pérez Torres); ahí decía que usted, será pronto uno de los mejores relatistas ecuatorianos de cualquier época y no se equivocó, digo, porque las ficciones no solo salvan a los que escribimos sino que también a los que nos leen, por ello y con justa razón usted integró una generación de escritores ligados a la revista cultural “La Bufanda del Sol”, del “Frente cultural”. Sé que pronto encontrará el bien merecido puesto en la literatura ecuatoriana.

Quito, 28 de septiembre de 1979

Ramiro Arias

Nota del autor

Gracias al empeñamiento de Ramiro Arias, escritor y editor infatigable, hemos rescatado, de un seguro y acaso justificado olvido, este relato escrito hace cuarenta años. Por los epígrafes que lo acompañan, se pueden deducir las motivaciones que tuvo el autor cuando lo imaginó. Eran aún los tiempos del parricidio intelectual, como lo llamara Fernando Tinajero, que guio la aventura del grupo Tzántzico al que pertencí. Pero, además, eran tiempos de dictaduras inhumanas como la argentina, la chilena, las centroamericanas. La gran pregunta no era cómo pudieron darse, entre nosotros, esos macabros procesos fascistas. El Plan Cóndor y la CIA los auspiciaron. Eso lo teníamos muy en claro, y ya nadie lo pone en duda. La gran pregunta era cómo aquellas abominaciones eran aceptadas, más allá de las órdenes, la obediencia debida, y los latrocinios de los militares, por simpatizantes, también civiles, cuya ideología básica, enraizada en su sique más profunda, las justificaban. Esas “buenas conciencias” –así las calificó Bernanos–, habían sido educadas en el culto

al orden, al poder, al odio, y a la prepotencia y la sumisión que son, como dice Sartre, las dos caras de la misma medalla. En ellas se reproducen los pequeños dictadores que abundan en el mundo. En cada hogar. En cada empresa. En cada oficina. En ellas –y no importa la clase social a la que pertenezcan–, anida el germen fascista: “el huevo de la serpiente” como lo llamó Bergman. Su transmisión es inmediata: va del padre opresor al hijo oprimido. En *La Enmienda*, quise pues, ejercitar la magia que solo la literatura permite: imaginar una vida distinta que la del autor. Ponerle en la piel de otro. Dado que, por suerte, yo no tuve un padre autoritario, me propuse algo que siempre intenté en mis ficciones. Imaginar vidas posibles. Es decir, en esa ocasión, inventar una relación filial extrema que mostrara, desde el origen, un alma fascista.

Abdón Ubidia

Félix Paz es mi padre. Yo, Pablo Paz soy su único hijo varón. Es decir que soy su único hijo. Mis hermanas nunca contaron en nuestras vidas, y mi padre y yo hemos resuelto olvidarlas. Hace años, por una casualidad, me enteré de que vagabundeaban por las calles de Guayaquil. No me sorprendí. Era de esperarse. Les faltaba vuelo, les faltaba una visión sobre la vida, una meta. Y eso es lo principal, una meta. Yo lo sé porque soy un filósofo y porque la vida me lo ha enseñado. No importa que nunca lleguemos hacia ella, no importa que uno sea incapaz de alcanzarla, importa tenerla, correr tras ella, darle un sentido a la vida. Eso nos salva. Yo lo sé, y lo sabe mi padre más que nadie. O por lo menos lo sabía. Félix Paz y su hijo siempre piensan de la misma manera. Quizá por eso es que se odian. Pero quizá también ese odio es lo que los une. Nunca han pensado en

separarse. Es un acuerdo mutuo. Casi un contrato comercial. ¿Que por qué lo odio? Bueno, es la historia que me propongo contar. Solo puedo adelantar que el odio es lo que queda de la fascinación, después de que la fascinación se ha ido. Presten atención. Esta es su historia. En ella van a encontrar unas cuantas verdades sobre el mundo. Porque, a pesar de mi aspecto, que algunos juzgarán repugnante —esta deformación que se hincha en mi espalda, producto de un accidente y que yo la llevo como una condecoración de guerra—, soy un hombre que ha leído mucho, que mucho sabe de la vida y de los hombres; un gran ojo-lengua que barre y lame las cosas, sin que se le escapen los más mínimos detalles. Cierto es que a veces, olvido cosas. Pero las olvido porque no merecen guardarse. Cierto es que a veces, en las historias que cuento —que, en definitiva, es una sola—, aumento, invento, exagero, cambio detalles y referencias; mas eso tampoco importa, porque por debajo de las alegorías y de los acontecimientos falseados, como una serpiente que se escurre bajo las aguas de un río, se agita furiosamente, la verdad.

Pero ¿quién era o es Félix Paz?

Según mi madre, un loco. Según una vecina, un aventurero. Según otra, un malvado irresponsable. Yo lo veía, por esos años de mi infancia, como a un conquistador del universo, como a un superhombre. Su mismo oficio se me ocurría maravilloso. Era buscador de tesoros escondidos, de huacas. Y los buscaba en todas partes. En las ruinas, en las casas viejas, en las quebradas. Ciertamente es que el día se lo pasaba entre tragos o durmiendo. Pero por las noches salía a buscar tesoros. Yo lo veía eruirse entre sombras, tomar su pico pala de montaña, su gorro de cuero, la mochila con la varilla de San Cipriano y con el detector magnético que él mismo construyera, y salir a la noche, ignorando los insultos y los lamentos de mi madre, seguro de su fortaleza, seguro de lo que iba a hacer. Yo lo adivinaba perderse en las oscuridades, entre aparecidos y luces fantasmales, y clavar su pico aquí y allá, y buscar febrilmente, y horadar la tierra y los viejos muros. Con el amanecer volvía cansado y todo sucio de tierra. Mi madre murmuraba cosas, pero él guardaba silencio. ¿Qué podía responderle, si ella no le iba a entender, si nunca le había entendido? Un día vino a vernos el abuelo. Lucía preocupado. Era un viejo espigado y anguloso. Una verdadera osamenta envuelta en una piel traslúcida y seca. Mi padre

dormía cuando el abuelo arrastró a mi madre hacia el huerto. Allí, mientras ella se cubría el rostro con ambas manos, él enterró algo al pie del tomate. Por la noche mis hermanas me obligaron a acostarme más temprano que de costumbre. Yo era el benjamín de la familia y les debía obediencia. Durante todo el día se habían pasado encerradas en la cocina, perdidas entre el humo de la miel de los dulces y el agrio de los encurtidos que mi madre hacía para la venta, discutiendo con el abuelo. Creo que dormí por un buen rato. Pero los gritos de mi padre me despertaron. Me levanté y fui a ver lo que ocurría. Y vi y oí que mis hermanas y el abuelo y mi madre, arrodillados y con los brazos en cruz, imploraban clemencia a Dios. Mi padre se paseaba entre ellos, preguntando a uno y otro que por qué lo hacían, sacudiendo a mi madre, sacudiendo al abuelo, sin que ellos le respondieran. Por último, todos se pusieron de pie, y entre alaridos y rezos señalaron al huerto. El abuelo dijo como si hubiese caído en un trance hipnótico: “La luz al pie del tomate”, y mi madre y mis hermanas repitieron una y otra vez: “La luz al pie del tomate, la luz al pie del tomate”. Oyó eso mi padre y como un poseído fue por su pico y luego corrió con dirección al tomate. Lo derribó y cavó y buscó hasta que por fin encontró el cofre que

el abuelo enterrara allí, en la mañana. Desesperadamente lo abrió. Encontró un viejo periódico. Pero su excitación no le permitió ver que eso era un periódico y retornó a la casa riendo y dando vueltas sobre sí mismo, y llorando también y diciendo que había encontrado el plano de un tesoro. Mi madre lo miraba aterrorizada. Cuando se recobró y desplegó el periódico y vio su foto en él, entonces su ira no tuvo límites. Golpeó a mi madre, golpeó al abuelo, nos golpeó a mis hermanas y a mí. Era una tormenta. Un vendaval que arrasaba con lo que encontraba a su paso. Las sillas volaban sobre nuestras cabezas e iban a estrellarse contra las paredes. Los vidrios de las ventanas estallaban. Rompió escaparates, rompió lámparas. Rugía, los ojos desorbitados, la boca llena de espuma. Nada escapó a su rabia. Ni los santos ni sus altares. Por último, profiriendo maldiciones, se alejó y desapareció en la noche. Ayudado por un lejano resplandor que llegaba desde la calle pude distinguir los pedazos del periódico y me arrastré hacia ellos y los guardé conmigo. Los junté y pude leer, bajo su foto, la reseña del asalto fallido que lo llevó a prisión. La torpeza del abuelo le había llevado a pensar que mi padre era de verdad un loco; que los años que permaneció en la cárcel por un asalto a una casa de comercio,

lo habían enloquecido. Creyó que recordándole bruscamente su pasado de presidiario, se le iba a quitar la manía de buscar tesoros escondidos. Pero mi padre no era un loco. Félix Paz estaba en lo cierto. Era preferible intentar asaltos, buscar tesoros, perseguir un rápido vuelco de la suerte, que pasarse, que gastarse la vida detrás de un mostrador o de un escritorio, o como mi madre, detrás de una sucia mesa haciendo conservas, para apenas sobrevivir. Era preferible entregarse a los juegos de azar, perseguir lo desorbitado, el despropósito, lo que puede parecerle torpe a las torpes gentes que solo viven de ambiciones inmediatas, de progresos medidos, de victorias paulatinas. Eso lo sé yo, y lo sabía mi padre más que nadie. El encuentro de un tesoro bastaría para borrar toda una vida de incertidumbre y espera. ¿Qué dirían entonces aquellos que nos escupían su burla y su desdén? Callarían. Guardarían un silencio pleno de amargura y desconcierto. Volverían sus rostros blancos de asombro, y se nos someterían.

—Solo uno de cada mil habrá de ganar—, decía Félix Paz.

Para que uno gane, novecientos noventa y nueve deberán perder. Es la regla del juego de la vida. Pero en uno escoge. O el sometimiento y el anonimato. O el gran riesgo y el gran

poder. Por eso no debí sorprenderme cuando un día vi que mi padre, barbado, con el rostro reventado por el sol, con una escopeta que le colgaba de un hombro, y luciendo un casco de explorador, al cabo de más de un año de habernos abandonado, entraba en la casa y le decía a mi madre que había dejado para siempre el oficio de buscar tesoros escondidos, pues había descubierto una actividad mucho más prometedor. Ahora era buscador de minas de oro en el Oriente. Ella ni le respondió. Movi6 la cabeza casi imperceptiblemente y suspir6. Mi padre se le acerc6, la abraz6 y le mostr6 un peque6o frasco con unas cuantas pepitas de oro. Ri6 alegremente y dijo que ahora la suerte iba a cambiar para nosotros. Nos har6amos ricos de la noche a la ma6ana. Luego vino hacia m6 y me llev6 hacia donde estaba su maleta. Juntos la abrimos. Sus manazas lo revolvieron todo hasta dar con un extra6o p6jaro embalsamado. Me cont6 que lo hab6a capturado en una regi6n del Aguarico, muy adentro de la selva. Creo que era la primera vez que se dirig6a a m6. Antes pude yo creer, no s6 muy bien, no lo recuerdo, que 6l nunca se hab6a percatado de mi existencia. En eso entr6 mi hermana mayor a la habitaci6n y luego, llena de

coraje, salió dando un portazo. Entonces mi madre le contó, desde luego sin mirarle a la cara, que el abuelo, poco después de su partida, se había muerto de la tristeza, quizás de la impresión. Y le dijo también que las cosas no paraban allí, sino que además nos iban a echar de la casa, y que, por si fuera poco, ella, mi madre, pensaba que ya no tenía ni un año más de vida por delante, porque no comía, porque tenía mareos y náuseas, y de vez en cuando ataques, que ella creía que eran del corazón. Y era verdad. Se la veía demacrada y vacilante, un montoncito de huesos de sardina que se escurría por entre las puertas y los objetos, como una sombra, como un soplo de viento. Su mal carácter, sus arrebatos de ira, ya no asustaban a nadie. Se nos venían como el lejano estertor de un pájaro aterido. Mi padre la miró como reconociéndola, sin comprender, como tratando de recuperar los rasgos que huían bajo sus arrugas, la miró largamente al rostro, a su cuerpo de garabato, y después se desplomó en una de las camas y permaneció así, por horas y horas, con la mirada extraviada en el techo.

Durante dos semanas se quedó con nosotros. Vagaba solo de habitación en habitación, comía en silencio, a veces salía

a darse un paseo por frente a la casa, pero al rato volvía a sentarse en un rincón, sin pasar palabra, con los ojos entrecerrados, como viéndose por dentro. Pero Félix Paz no era hombre que se dejara vencer por la desesperanza. Una mañana descubrimos su cama vacía, sin decirle a nadie, había partido a buscar sus minas de oro. Creímos que ya no lo volveríamos a ver. Mas, al poco tiempo lo tuvimos con nosotros nuevamente, alegre y desaprensivo como si nada hubiera pasado. Se inició entonces una sucesión de idas y venidas suyas que ahora afloran en mi memoria a modo de imágenes violentas, de recuerdos inconexos de un sueño entrecortado. Lo veo irrumpir entre los rostros consternados de mi madre y mis hermanas, cargado de pájaros y monos embalsamados y cueros de culebra, locuaz, henchido de proyectos y esperanzas, aunque desde luego condicionados al encuentro de una mina de oro. Lo veo esparcir sobre la mesa de comer gran cantidad de piedras cristalinas. Mi madre se pone pálida, mis hermanas preguntan, pero él les dice que no, que no son diamantes, que son cristales de cuarzo, pero que en donde hay cristales de cuarzo, hay diamantes, y que de seguro los va a encontrar. Veo sus manazas planeando en la penumbra del atardecer, mientras nos

cuenta de las brumas y de los misterios que encierran los tenebrosos Llanganates. O lo veo apoderarse, iracundo, de los ahorros de mi madre. O lo veo acurrucarse en un rincón y dormirse ajeno al frío y al mundo. O lo veo partir bajo la lluvia, como aplastado por el peso de su enorme mochila, con dirección a la selva, a los riscos de las montañas, con la certidumbre de quien va a profanarlas y vencerlas.

Una tarde regresó de una de sus expediciones, apesadumbrado y con las manos vacías. Al hombro llevaba su escopeta. Pero había perdido su mochila y su pico. Con una voz ronca de aguardiente le contó a mi madre cómo había ocurrido y luego le pidió que le diese de comer. Como ella se demorará en responderle, él no esperó más y fue para la cocina y allí devoró todo cuanto pudo encontrar. Luego se dirigió a su cuarto y se durmió durante cosa de tres días seguidos. Cuando se despertó, después de lavarse y engrasar su escopeta, llamó a mi madre y le dijo que así todo era inútil, que eso de vagar solo por los montes y las espesuras era una vaina, que necesitaba un ayudante, alguien que se preocupara por lo menos de cuidar de la mochila y de marcar señales. Mi madre retrocedió hasta donde yo me hallaba y me

ocultó con su cuerpo y le respondió que eso sí que no lo iba a permitir, que antes de que me tocara siquiera debía primero pasar por sobre su cadáver. Mi padre gritó y con sus gritos llegaron mis hermanas. Se armó el gran escándalo. Mi padre insistió. Yo tenía que partir con él. Debía ayudarlo. Mi madre lloraba e insultaba mientras me cubría y se aferraba a mí. Pero yo ya estaba cansado de sus lloros y de sus mimos y de sus insultos, y aprovechándome de un descuido suyo logré quitármela de encima y escapar hacia mi padre. Por un momento todos se quedaron mudos de asombro. No consideraban que yo fuera capaz de elegir, ni de tener opiniones. Mi padre rompió el silencio ordenándoles que le entregaran el dinero necesario para comprar un nuevo equipo; mas, por toda respuesta recibió una lluvia de cuanto objeto ellas encontraron a su alcance. Entonces recordé el lugar en donde guardaban la caja con los ahorros. Corrí hacia el escaparate y busqué debajo de él. Allí estaba. Era una herrumbrosa caja de lata que mostraba el dibujo de una niña rodeada de flores; mi padre la recibió alborozado. Me tomó de un brazo y me llevó por las calles brillantes de sol y entramos a las tiendas y a los bazares, y compramos una gran mochila de lona verde, y un pico, una

linterna, ciertos ácidos y polvos, provisiones, muchas cosas más, y por supuesto un casco de explorador, una chompa y un par de botas para mí.

Vinieron luego días de largas caminatas y experiencias imprevistas. La selva oriental parecía ser infinita. Desde las faldas de la cordillera yo la veía como si fuera un mar, y adivinaba su secreto ser, sus profundidades, su intrincada monotonía, y la furia total de esa vida ubicua y tenaz que se agitaba y bullía dentro de ella, como dentro de un mar. Tomamos un sendero que se perdía en la espesura y nos hundimos entre esa vegetación pertinaz y escabrosa. Félix Paz lo conocía todo. Los nombres de los pájaros y de las serpientes. De las plantas y de los ríos. De los frutos y de las semillas venenosas.

Un día arribamos a las márgenes de un río. Varios indios inclinados sobre el agua que les cubría las rodillas, introducían en la arena fina del fondo sus bateas de madera. Mi padre me dijo que ellos estaban lavando oro, y yo empalidecí, y le pregunté que, si ya habíamos llegado a la mina, y él me contestó que no, que allí había oro en verdad, pero en muy pequeñas cantidades, que eso, estaba bien para los jíbaros que son ignorantes, pero que nosotros no íbamos a pasarnos metidos en el

agua durante meses y meses por unas cuantas pepitas nada más. Nosotros apuntábamos a lo grande. Buscábamos una mina de oro de verdad. Había que continuar hacia arriba, perseguir el impetuoso dibujo del río, ese oscuro trazo que irrumpía en el verdor de la selva y que no era otra cosa que una clave natural, inmensa como el tesoro que su curso mostraba, inmensa como el ojo capaz de descifrarla. Esas aguas grises y amodorradas sabían el secreto. En algún lugar de la alta Amazonía o, tal vez, en algún remoto pliegue de la cordillera, se encontraba la veta que el río trabajaba. Íbamos a buscarla, a dar con ella. Nada importaban entonces los días sofocantes, ni el cansancio del joven Pablo. Luchando contra corriente en una diminuta canoa hecha de un tronco vaciado con fuego, o cuando la vegetación nos lo permitía, arrastrándonos por las orillas del río, avanzábamos. De tanto en tanto Félix Paz se detenía y tomaba muestras de la arena. Pero conforme adelantamos la marcha, la corriente se fue haciendo más y más fuerte. Tuvimos que abandonar la canoa. Y a partir de ese momento todo se complicó. Grandes montículos nos cerraban el paso. Los afluentes que alimentaban al río nos desconcertaban. De pronto nos descubrimos

atrapados en un encañonado por cuyas paredes desde varias direcciones, descendían estrepitosos riachuelos, pequeñas cascadas que abajo, en el fondo, formaban vados y también intempestivos islotes que parecían testimoniar nuestro fracaso. El río ya no era río. Era una red de arroyuelos y cascadas que venían quién sabe de dónde. Habíamos perdido la pista de la veta de oro. Esta se había disuelto y desaparecido. Félix Paz corría como enloquecido de un lado para otro. Hurgaba desesperadamente en la arena, derramaba sus ácidos y polvos sobre cuarzos y cantos rodados. Buscaba en las fisuras de las rocas y clavaba su pico en cuanta piedra amarilla encontraba. Pero entonces algo debió ocurrirle al joven Pablo. Su cuerpo empezó a arder. Era como si el calor de la selva se hubiese concentrado en él. Aunque temblaba y entrechocaba los dientes como si sintiera frío. Tenía sueño. Quería dormir. Quería olvidarse de la selva, del cansancio, del río y de los islotes. Cerró los párpados, mas fue inútil. Podía ver a través de ellos. Se le habían vuelto transparentes y veía a través de sus párpados como deben ver los peces por detrás de la membrana vidriosa que les cubre los ojos. Un mundo opaco y acuoso se extendió a sus pies. Los árboles crecieron